

## LANZADA DE CRISTO

Duelo y silencio reinan sobre el Gólgota. María, Juan, María Magdalena, María de Cleofás y Salomé, están de pie junto a la cruz llorando. Cerca de ellos, varios soldados están recostados sobre el Gólgota; uno llamado Casio, a caballo, va de un lado para otro. El cielo está oscuro y la naturaleza parece enlutada. Pronto llegan seis alguaciles con escalas, cuerdas y barras de hierro para romper las piernas de los crucificados. Cuando se acercan a la cruz, los amigos de Jesús se apartan un poco, y la Virgen Santísima teme que ultrajen aún más el cuerpo de su Hijo. Aplican las escalas a la cruz para asegurarse de que Jesús está muerto y al comprobar que su cuerpo está frío y rígido, lo dejan, subiendo a las cruces de los ladrones, para quebrar sus piernas con los martillos. Gestas da gritos horribles, y Dimas, lanzando un gemido expira, siendo el primero de los mortales que vuelve a ver a su Redentor. El modo horrible de cómo han fracturado los miembros de los ladrones, hace temblar a las santas mujeres. Mas Casio, hombre de unos veinticinco años, cuyos ojos bizcos excitan la burla de sus compañeros, tiene una inspiración súbita. La ferocidad bárbara de los verdugos, la angustia de las santas mujeres, y el gran ardor que excita en él la Divina Gracia, le hacen cumplir una profecía. Empuña la lanza, y dirigiendo su caballo hacia la elevación donde está la cruz, se pone entre la del buen ladrón y la de Jesús. Toma su lanza con las dos manos, y la clava con tanta fuerza en el costado derecho del Señor, que la punta atraviesa el corazón, un poco más abajo del pulmón derecho. Cuando la retira, sale de la herida una cantidad de sangre y agua que llena su cara, y que para él es baño de salvación y de gracia. Se apea, y de rodillas, en tierra, se da golpes de pecho, adorando a Jesús en alta voz. La Virgen Santísima cuyos ojos están fijos en Jesús, ve con inquietud la acción de ese hombre, y se precipita hacia la cruz dando gritos, cayendo en brazos de las santas mujeres, como si la lanza hubiese atravesado su propio corazón, mientras Casio de rodillas, alaba a Dios; pues los ojos de su cuerpo y alma se han curado y abierto a la luz. Todos están profundamente conmovidos a la vista de la sangre del Salvador, que ha caído en un hoyo de la peña a pie de la cruz. María, las santas mujeres y Juan la recogen junto con el agua en frascos, limpiando el suelo con paños. Casio, que ha recobrado la plenitud de su vista, está en humilde contemplación. Con posterioridad, es bautizado con el nombre de Longinos y predica la fe como diácono, llevando siempre sangre de Jesús sobre sí. Ésta, seca, se halló en su sepulcro, en Italia a poca distancia de Asís, en donde hay un lago con una isla en su interior. Se cree que el cuerpo de Longinos ha sido transportado a la misma.

Los alguaciles, que mientras tanto habían recibido orden de Pilato de no tocar el cuerpo de Jesús, se marcharon.

Antonio Rodríguez Mateo